

reanimó algún tanto, y durante la noche siguiente, que fué la undécima que pasaron en el desierto, acometió á todos el delirio, y se hablaban por señas en atención á que su lengua desecada no les permitía articular palabra alguna: uno de ellos imaginó hacerse cortaduras en las yemas de los dedos para chupar la sangre, ejemplo que imitaron muchos; pero este recurso no impidió que sucumbieran algunos durante esta noche misma. El 11 hácia las dos de la mañana acababa Petit de ponerse en marcha con los que componían la vanguardia, cuando descubrieron unas cabañas, de donde al percibirlos, salieron corriendo hasta unos cuarenta moros blandiendo puñales: estos bárbaros cogieron á los que iban con Petit; pero este consiguió escapar é incorporarse al resto de la caravana. Propuso al punto se aprestaran á defenderse, pero una voz gritó: «¿Para qué? los moros nos darán de beber:» caminaron hácia donde se hallaban aquellos, los que se arrojaron sobre los pobres náufragos como aves de rapiña; en un abrir y cerrar de ojos los despojaron de sus vestidos, espoliación á que se presentaban ellos mismos, suplicando les diesen un poco de agua; por fin les condujeron á la orilla de un pozo, que les suministró una agua amarga y cubierta de mugre, que rechazó el estómago debilitado de aquellos hombres. El gefe de los salvages tomó de la mano á Petit y le sentó á su lado. En seguida procuró informarse del país de los náufragos, á dónde iban y de donde venían, cómo habían llegado á la costa; lo que contenía su barco y lo que había sido de él. Interin este interrogatorio, se distribuyeron las mugeres el botín, y los hombres bailaban y gritaban en muestra de alegría.

Este gefe consintió en conducir los náufragos al Senegal, á condicion de que se les darian telas de Guinea, pólvora, fusiles y tabaco. Les hizo distribuir un poco de pescado y dió inmediatamente la señal de partida.

El 12, al cabo de algunas horas de marcha, encontraron una segunda banda de moros mas numerosa que la que les habia apresado: esta quiso resistir pero fué derrotada, y su gefe con la barba y los cabellos cortados. Hamel era el nombre del vencedor, que dijo en mal inglés, ser príncipe de los pescadores: llegaron cerca del anochecer á un sitio en que habia algunos chozos, y mugeres y niños guardando ganado: les dieron por toda bebida un poco de agua amarga y fangosa, y por alimento langostas crudas y algunas raices filamentosas. Obligaron á los cautivos á arrancar raices, cargar y descargar camellos y curar á las bestias. Cuando el sueño, mas poderoso que sus padecimientos, conseguia cerrar sus párpados, se distraían las mugeres y niños del aduar en pincharles hasta hacerles brotar sangre; en arrancarles los cabellos de la barba, y en echar arenas en sus llagas, delectándose mucho con sus quejas y gemidos.

El dia 16 les dieron los moros mejor alimento y bebida, y les preguntaron lo que darian por su conduccion al Senegal. Se les ofreció mas de lo que pidieron y al punto nos pusimos en marcha.

El 17 al despuntar el sol divisaron los cautivos un barco que se aproximó rápidamente: reconocieron el pabellon francés lo que hizo palpar su corazon de alegría y esperanza; pero desapareció á poco, era el Argos que buscaba los náufragos para conducirlos al Senegal; pero no percibió las señales que le hacían, lo cual fué una fortuna para los desdichados de la bal-

sa, puesto que por haber continuado en su derrotero los halló á punto ya de espirar.

Por fin el 19 encontraron un marabut que anunció la próxima llegada de un enviado de la colonia: Mr. Karnet, en traje de moro y montado sobre un camello, apareció acompañado de otros cuatro marabus. Este filántropo irlandés acababa de arrostrar grandes peligros por buscar á los náufragos, para distribuirles los viveres que traía consigo. Ninguno tuvo paciencia para dejar cocer el arroz, sino que lo devoraron crudo, añadiendo á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones, que no fueron obstáculo que estorbara comprar un becerro y componerlo á estilo de los moros. Por mas esfuerzos que hicieron Mr. Karnet, Petit y otros, no fué posible contener á aquellos desgraciados, que pagaron muy caro, alguno hasta con la vida su temeridad en comer.

El mismo dia reapareció el Argos á distancia de una legua, los náufragos dispararon algunos tiros, y los del mar enviaron una lancha que se acercó cuanto pudo á tierra. Mr. Karnet, Hamel y su hermano llegaron á ella, en la que se trasladaron á bordo. El capitán les envió con otra lancha una barrica de galleta y algunas botellas de aguardiente; pero como no pudo aproximarse la lancha, se echaron al agua con esta carga y consiguieron depositarla en tierra. Petit distribuyó una parte de la galleta y del aguardiente, y cargó el resto en los camellos. Entonces fué cuando los de la caravana se enteraron de la triste suerte de los de la balsa. No distaban ya de la colonia del Senegal mas que veinte leguas. La caravana llegó por fin el 23 de julio á medio dia. A pesar de los padecimientos de tan penosa travesía, solamente perecieron una muger y cinco hombres: tres se perdieron en el desierto, y entre ellos un militar, á quien cogieron los moros y condujeron á la isla de San Luis despues de retenerlo un mes.

El naturalista Kummer, uno de los seis individuos que creyeron deber abandonar á sus camaradas, fué tambien apresado por los moros, pero como sabia el árabe y conocia sus ceremonias, le trataron magníficamente, y consiguió lo mismo para otro compañero de naufragio que habia sido tambien apresado y conducido donde Kummer. Ambos fueron conducidos á la isla de San Luis por el gefe principal de uno de aquellos aduares.

PRINCIPALES AVENTURAS DE MUNGO-PARK, EN EL INTERIOR DE AFRICA.

Mungo-Park no es, bajo ningun punto de vista, un viajero vulgar, pues muy distante de entrar en sus miras la especulacion, lo emprende todo por amor á la humanidad y á las ciencias.

Procuraremos dar á conocer algunas circunstancias de su viaje.

Aceptados sus servicios por la sociedad de Londres de descubrimientos en Africa, se dió á la vela en un buque que ancló en Gillifria, ciudad situada en la orilla septentrional del Gambia.

Despues de procurarse un caballo, emprendió su expedicion segun las instrucciones que llevaba, las cuales consistían en recorrer el curso del rio Niger, visitando las principales ciudades por que pasa.

Una caravana que iba á partir en la misma direccion no tuvo por conveniente convenir en que Mungo-Park formase parte de ella, y por lo tanto se vió

precisado á marchar solo, acompañado de un intérprete llamado Johnson y un criado negro que tenia por nombre Demba. Mungo-Park montaba un caballo vivo y nervioso y sus dos compañeros de viaje le seguian en asnos; su equipage se componia de provisiones de boca para dos dias, y de un ligero surtido de cuentas de vidrio, ámbar y tabaco; llevaba un poco de ropa blanca para su uso, un quitasol, un cuadrante de círculo, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madiba, dos comerciantes de esclavos, y otro negro, de oficio herrero, que habia estado al servicio de un doctor inglés, establecido en Pisania á orillas del Gambia, se ofrecieron á acompañarle mientras siguieran el mismo camino.

Tuvo un viaje bastante feliz mientras transitó por los reinos de Walli, de Wuli y de Budon; su viaje comenzó á dificultarse en Joag, primera ciudad del reino de Kakgaaga fronteriza del reino de Budon.

Aquí llegaron algunos hombres á caballo que entraron en la ciudad, despertaron al patron de la casa en que me habia alojado y se acercaron hasta mí; uno de ellos, creyéndome dormido, trató de apoderarse de mi fusil. Madiba y el herrero habian ido á otra poblacion, y regresaron antes que yo pensaba para informarme anticipadamente que de órden del rey se dirigian en busca del hombre blanco diez hombres á caballo. En tanto que me daban este aviso llegaron, y estos y los de la noche anterior me rodearon teniendo cada una un fusil entre sus manos.

Pedí que se me hablase en *mandinga* que comprendia yo, y convenido en ello, tomó la palabra un hombre pequeuelo, y me dirigió una arenga diciendo habia entrado en los dominios de su rey sin pagar los derechos ni hacerle ningun regalo, y que en su virtud, por las leyes del país, quedaban embargados mis criados, mis bestias y equipages; además traian órden de trasladarme á Maana, residencia del rey. Tuve que consentir en obedecer esta órden.

El herrero, creyendo sincero mi consentimiento, me llamó aparte y me dijo, que estando para declararse la guerra entre su país y el que pisaban, le perdía sin remedio, pues iban á apoderarse de su pequeño equipage, en el que llevaba el fruto de cuatro años de economías. Deseando ser útil á aquel excelente hombre, llamé al de la arenga, que era hijo del rey, y le dije no consentia en marchar con él á menos que se dejase libre al herrero, proposicion que no aceptó. Pregunté á mi patron, despues de hacerle algunos regalos, qué debia hacer, y contestó no debia aventurar llegar hasta la presencia del rey, porque su intencion formal era la de apropiarse cuanto yo poseia.

Por último, instado en que si habia faltado era á causa de ignorar los usos y costumbres del país, tomaron cinco dracmas de oro y registraron mi equipage y se apoderaron de la mitad de él, estrañando al mismo tiempo no encontrar tanto oro y ámbar como suponian.

Esta manera tiránica de obrar con los estrangeros, asustó á los negros que me acompañaban, invitándome todos á retroceder: nuestra posicion era crítica, pues la falta de dinero nos imposibilitaba pagar las provisiones; yo sabia que si mostraba el ámbar y las cuentas de vidrio que habia podido ocultar informacion al rey de ello y me las quitarian.

Cerca de anoecer estaba sentado y lleno de tristeza, cuando acertó á pasar á mi lado una vieja esclava y me preguntó si habia comido. Yo creí que pensaba burlarse y no la contesté, pero el herrero lo hizo por mí, diciendo que el rey nos habia quitado cuanto poseiamos. Pareció muy conmovida y regresó pronto, trayendo algunos puñados de alfónsigos, retirándose antes de que pudiera darla las gracias. Su conducta me conmovió mucho.

Enterado de que habia un blanco en Joag vino á visitarme poco despues que la esclava un sobrino del rey de Kasson, que venia de embajador de su tio para arreglar las diferencias suscitadas entre ambos reinos. Entonces le hablé de la inicua conducta del rey de Kakgaaga, y me ofreció su proteccion y guia hasta el reino de su tio.

Al amanecer nos pusimos en camino con el embajador y hasta treinta personas de su comitiva, y antes de ponerse el sol estábamos en Samia á orillas del Senegal. El 28 de diciembre abandonamos á Samia y llegamos á Flagea, por donde debiamos pasar aquel rio, que en este parage tenia un lecho muy profundo. Los caballos y algunos hombres le pasaron á nado, aunque costó mucho trabajo y mucho tiempo para hacer entrar las bestias en el agua; nosotros en una canoa.

Demba Sego dijo así que pusimos pie en tierra, que estábamos en los estados de su tio y fuera ya de todo peligro, y que esperaba que en testimonio de mi agradecimiento le haria un buen regalo.

Semejante modo de insinuarse despues que sabia el espolio de que habia sido victima en Joag me sorprendió sobremanera; pero no tuve otro remedio que enviarle siete barras de ámbar y un poco de tabaco, con lo cual quedó satisfecho al parecer. Despues de una jornada muy larga llegamos á Tiesia, donde nos presentó Demba á su padre, hermano del rey de Kasson y comandante de la ciudad. Era anciano ya y me acogió con mucha cordialidad, diciendo que era el segundo blanco que veia; pero cuando fué á anunciarle que me disponia á partir, me advirtió con muchos rodeos de que no podia alejarme sin pagar los derechos á que estaban sometidos todos los viajeros. Conociendo que seria locura resistir, le di lo que me pareció, y como creyera que aun era poco se apoderó de mi equipage y se despachó á su placer. En Joag me habian quitado la mitad de lo que poseia y en Tiesia la otra mitad.

Partimos, y despues de pasar por Joempo, pueblo natal del herrero, donde fuimos por esta razon muy obsequiados, y donde no se cansaban de mirarme, pasamos al reino moro de Ludamar, por donde creian mas fácil nuestra llegada á Bambara á que yo me dirigia. Envié un presente á Ali, rey de esta region, pero cuando ya me creia al abrigo de toda vejacion, por estar casi tocando á Gombe, primera ciudad de Bambara, fué cuando me detuvieron para hacerme victima de su barbarie.

Llevaronme á la presencia de Fátima, esposa de Ali, despues de asegurarme que no habia en ello otro objeto que satisfacer la curiosidad de su reina que queria ver un hombre blanco. Introducido á la presencia de Ali se apiñaban en derredor mio para examinarme, sin cansarse de darme vueltas y de hacerme abrochar y desabrochar el chaleco para reparar la blancura de mi piel y el uso de los botones, que les estrañaba mucho. Cuando llegó la hora de sus oraciones mandó Ali que me diesen de comer, y para el

efecto conduxeron un cerdo salvaje con objeto de matarlo y prepararlo. No me pareció prudente en presencia de los moros comer de un animal por el que sienten tanto horror; así que no le dieron muerte, sino que por el contrario, le soltaron para que se tirara á mí, porque en su concepto, tienen aquellos animales una antipatía marcada hácia los cristianos. Cuando el cerdo se vió en libertad acometió á todos indistintamente como era natural.

Ali me hizo preparar una choza para que estuviera al abrigo del sol, á la cual mandó atar el cerdo, lo que me probaba su deseo de tornar en ridículo al cristiano.

Durante la noche mantuvieron los moros á mi puerta centinelas; pero á pesar de ello penetró un hombre con intento sin duda de robarme alguna cosa ó de asesinarme. Cuando desperté traté de huir, pero tropezó con mi fiel herrero y fué á caer sobre el cerdo salvaje que le mordió un brazo. A los gritos que dió corrieron todos á mi choza, pensando que trataba de escaparme. Observé en esta ocasion que Ali no habia pasado la noche en su tienda: aquel tirano desconfiaba de tal modo de los que le rodeaban, que nunca se sabia donde dormia.

El 13 de marzo fuí insultado y maltratado como la vispera; pero sin embargo, en el firme propósito de no dar ningun pretexto á su malevolencia, hacia cuanto me mandaban y soportaba los ultrages con ademan tranquilo.

Los moros, aunque de suyo perezosos, hacen trabajar rigorosamente á cuantos les están sometidos, por lo que enviaron á mi negro Demba á coger yerba para los caballos de Ali, y á mí al tratar de darme una ocupacion escogieron la de barbero. Al efecto me fué confiado rasurar la cabeza del jóven príncipe de Ludamar. Yo no sé si por torpeza ó por la mala forma de la navaja, hube de hacerle una cortadura, y en su virtud se me juzgó inhábil para el oficio. Miré este caso de buen prelude, pues cuanto mas inútil me consideraran, mas pronto me dejarían en libertad. Con diversos pretextos se apoderó Ali de cuanto me pertenecia, no quedándome mas que una brújula que habia enterrado la noche anterior y la ropa que tenia puesta. Otra brújula que tenia fué á parar á su poder, y me preguntó por qué aquel pedazo de hierro, como él le llamaba, se dirigia siempre del lado del desierto: yo le contesté que ínterin mi madre viviese se inclinaria á la parte en que se hallaba, y que cuando muriese se volveria hácia su tumba. Ali admirado de aquel instrumento me lo volvió diciendo que no queria guardar un objeto mágico.

El 20 de marzo vino á mí un hijo de Ali, y me informó con mucho interés de que su tío habia aconsejado á su padre que me sacasen los ojos porque parecian los de un gato; yo inquieto, pedí al momento permiso para seguir mi viage, lo cual, junto con mi caballo, se me daría despues que me hubiesen visto las mugeres de Ali.

Con este objeto me invitó Ali á ir á caballo en su compañía; pero al hacerlo, se suscitó una dificultad no pequeña, y era que mis pantalones de nankin les parecian demasiado estrechos para ser decentes. Ali mandó que me pusiera un sobretodo que habia llevado siempre conmigo.

Un mes entero habia trascurrido desde mi aparicion en el campo de los moros; Johnson y Demba participaban de los males y miseria que yo les habia atraí-

do. El mas leve de nuestros padecimientos era la dieta. Estábamos por la época del Ramadan, y como los moros guardan religiosamente el ayuno, nos le hacian tambien guardar á nosotros.

Traté de aprender á escribir el árabe, y con los caractéres que trazaba en la arena, entretenia á mis visitantes consiguiendo de este modo que no me mortificasen.

Como Fátima no viniese, determinó Ali ir en persona á buscarla, y durante su ausencia fué nuestra situacion mucho mas penosa, porque llegaron á trascorrir dos dias sin traernos nuestra escasa racion. Johnson y Demba estaban sumamente abatidos á causa de la debilidad, y yo conocia que se me turbaba hasta la vista. Esperábamos con ansia el regreso de Ali y Fátima, á pesar de sus malos tratamientos.

Durante la ausencia del rey se suscitó una discusion con Mansoug, rey de Bambara, de resultas de la que se declararon la guerra, y en su consecuencia ordenó el hijo de Ali retirar los ganados y levantar las tiendas para partir al dia siguiente al amanecer á reunirse con su padre.

A nuestra llegada me dirigí á saludar á Ali, al que hallé con Fátima, la cual me acogió con admiracion dándome á beber una taza de leche; por medio de mi intérprete que hablaba el árabe y la mandinga, me hizo muchas preguntas acerca del pais de los cristianos. Ali mismo me recibió mejor que de costumbre, lo cual se esplicaba por la utilidad que le podia reportar peleando.

El calor era estremado; el pais arenoso y árido; los ganados hambrientos se disputaban algun poco de yerba marchita y combatian por acercarse á los abrevaderos; el exceso de sed ponía muchos toros en estado de furia.

Esta escasez de agua abrumaba á todos; pero á nadie tanto como á mí, que pasaba el suplicio de Tántalo; por la noche, la imaginacion me trasladaba al lado de los rios y arroyuelos de mi patria; me parecia pasear por sus orillas amenas; me echaba á beber y entonces huía el agua de mis labios y despertaba. Cuando Demba se acercaba á los pozos para extraerla, le rechazaban los moros á palos.

Estábamos á fin de mayo, y presentia que no debia tardar en cambiar mi suerte; los acontecimientos que sobrevinieron obraron en mi favor antes de lo que yo habia previsto. Viendo algunos tráfugas de Kaartas que los moros se disponian á abandonarlos, y temiendo el resentimiento del rey de Aisy, de quien habian desertado, propusieron ir con doscientos caballos moros al encuentro de este rey, y yo aproveché esta ocasion para pedir á Fátima y á Ali el favor de acompañarlos, lo que me fué concedido con dulzura. Partí con el hijo de Ali á Sarra, para lo cual me restituyeron una parte de mis efectos y el caballo con todos sus arneses.

El 26 de mayo abandoné de madrugada á Rubenquer, donde estaba el nuevo campo de Ali, acompañado de Johnson, Demba, y muchos moros á caballo.

El 28 de mayo al montar á caballo, detuvieron á Demba, para que volviera al campo de Ali, porque decian le pertenecia; acompañéle yo hasta la presencia del tirano, y por mas razones y súplicas que interpusé, me vi precisado á trueque de ser sacrificados ambos, á abandonarle, no sin que se mezclasen nuestras lágrimas y sin ofrecerle hacer cuanto dependiera de mí por rescatarle.

El 1.º de junio nos pusimos de nuevo en marcha; nuestra tropa se componía de doscientos hombres á caballo, porque los moros no hacen nunca la guerra á pie.

En Sarra decidí librarme de aquella peligrosa escolta, y á tiempo que los habitantes evacuaban el pueblo á causa de la aproximación del ejército de Aisy me retiré con ellos. Al día siguiente hacia pastar mi caballo en los campos cercanos á Queira cuando el primer esclavo Ali con otros cuatro moros, se apearon en casa del duty. Desconfiando Johnson del motivo de la visita, encargó á dos muchachos escuchasen la conversacion, adquiriendo así la certidumbre de que venian en busca nuestra. Decidí partir á Bambara, pero Johnson declaró que no me podia seguir, porque le habian propuesto ayudar á conducir una caravana á orillas de Gambia, ocasion que aprovechaba para regresar al lado de su muger y familia. Me determiné á partir solo, y arreglé mi equipage, el que la rapacidad de los moros habia reducido á dos camisas, dos pares de pantalones, dos pañuelos, un levitín, un sombrero y un sobretodo.

Al rayar el alba burlamos la vigilancia de los moros, y escapamos, y nos despedimos recomendándole yo mucho los papeles que le entregué para mis amigos.

A poco mas de una legua me vi perseguido por tres moros que venian sobre mí al galope apuntándome con sus fusiles. Aquellos moros eran ladrones, que registraron mi equipage, en el que no hallaron nada que les conviniera mas que mi sobretodo, que me servia para guarecerme de la lluvia.

Procuré internarme en el desierto dirigiendo mi rumbo, segun la brújula, hácia el Este-sud-este, con intento de llegar lo mas pronto posible á cualquier ciudad del reino de Bambara. Mi situacion era deplorable, porque carecia de medios para comprar viveres, y no tenia seguridad de encontrar agua.

Hallé una manada de cabras, guardadas por dos moros muy súbditos de Ali, los cuales faltos tambien de agua, se dirigian á toda prisa á Deua, donde solia haberla. No me quedaba mas partido que seguir mi camino con la esperanza de tener mas fortuna que los pastores. La sed que padecia era insoportable.

Por todas partes no veia mas que un arenal uniforme sembrado de arbustos; mi caballo apenas tenia fuerzas para comer de las matas, y yo vine al suelo completamente desvanecido. Cuando volví en mi acuerdo, el sol detrás de los árboles se ocultaba, procuré recoger toda mi energía debida mas á la frescura de la noche que á mis propios ánimos; hice marchar delante de mí al caballo, y decidí caminar á pie en busca de agua, tanto como fuera posible. Cosa de una hora llevaria de marcha, cuando observé que hácia el Nordeste empezaba á relampaguear, lo cual reanimó mi esperanza porque me prometia tener agua de la que arrojaban las nubes. En efecto, conseguí aliviar la sed, estendiendo una de mis camisas en la arena, dejándola empapar de agua, torciéndola y chupándola despues. A la luz de los relámpagos observaba la brújula á favor de la cual enderezaba mi camino; pero á media noche empezaron á ser menos frecuentes, y ya tuve que dirigirme á tientas con grave riesgo de mis manos y mis ojos. Hácia las dos de la mañana se detuvo mi caballo, y queriendo investigar la causa, reparé en torno mio y divisé entre los árboles algunos resplandores poco perceptibles y cercanos. Temia caer en poder de los moros; y así traté de ver si podia sin

peligro descubrir indicio de la gente que allí se abrigaba. El afán de calmar la sed, me hizo llegar á un pozo demasiado próximo á una de las tiendas, y habiéndome dividido una muger, comenzó á dar gritos. Dos hombres que salieron pasaron tan cerca de mí, que me creí descubierto; pero afortunadamente iban corriendo, y dejarónme la ocasion de internarme en los bosques.

Una milla mas allá, encontré unas charcas hácia las cuales me encaminó el rumor del canto de un sin número de ranas que habia en ellas. Apagada la sed mia y de mi caballo, subí á un árbol por descubrir campo y divisé la columna de humo que despedian las tiendas junto de las que habia pasado aquella noche, y mas allá doce ó catorce millas hácia el Este-sudeste, otra que indicaba tambien ser recinto de habitaciones. Dirigiéndome hácia este lado, entré por campos bien cultivados en los que se veian multitud de negros ocupados en sembrar maiz. Informándome del nombre de la poblacion inmediata supe que se llamaba Schrilla, y que sus habitantes eran negros fulahs súbditos de Ali.

Este nombre me detuvo un momento; pero mi caballo estaba estenuado y me atormentaba el hambre demasiado, decidí aventurarlo todo llegando á la casa del duty, donde no quisieron recibirme. Me alejaba tristemente de la poblacion, cuando reparé en algunas chozas diseminadas que habia fuera de su recinto, y acordándome que en Africa como en Europa la caridad no habita muchas veces en las casas opulentas, me dirigí á aquellas pobres habitaciones y dí á entender por señas á una muger anciana que hilaba algodon, que moria de hambre. Dióme al punto un plato de alcauzuz y un poco de maiz para mi caballo, regalándola yo en cambio uno de mis pañuelos de bolsillo.

En tanto que comia mi caballo, comenzaron á rodearme una porcion de gentes que no dude tratasen de mí; y temiendo supieran mi fuga del campo de Ali, y que tal vez intentasen conducirme á él, recogí el maiz que me habia proporcionado la pobre muger y tomé el camino del Norte, á fin de que no pensasen escusaba dirigirme al campo de aquel rey.

Cuando estaba dos millas de distancia, lejos de las miradas de gran número de habitantes que me habian seguido, me interné en los bosques, donde pude hacer un descanso.

El 4 de julio todavía seguia caminando de bosque en bosque; y hasta el 20 del mismo mes, no llegué á las cercanías de la ciudad de Segó, donde se cumplia el objeto de mi mision. Viajaba hacia algun tiempo con kaartanes fugitivos, que me habian prometido presentarme al rey del país.

PORMENORES SOBRE SEGO.—REGRESO DEL MUNGO-PARK.

He aqui pormenores sobre Segó, capital de Bambara en Africa. Consta de cuatro ciudades distintas: dos de ellas situadas en la orilla septentrional del Níger, que llaman Segó-Kono, y Segó-Bou; y las otras dos en la orilla meridional nombrándose Segó-Sou-Kono y Segó-Sec-Kono. Las cuatro se hallan circundadas de espesas murallas; las casas construidas de arcilla son de forma cuadrada, y sus techos chatos como los terrados; algunas tienen dos pisos y están blanqueadas. Su aspecto recuerda las antiguas habitaciones que se conservan entre nosotros del tiempo de los moros. Las calles son bastante anchas para una

ciudad en que los carruages son enteramente desconocidos.

El rey de Bambara reside en Segó-Sec-Kono y emplea gran número de esclavos en el transporte de los habitantes de un lado á otro del rio. El salario que recibe es una especie de impuesto que le suministra una cantidad considerable.

Las canoas de que se sirven en Segó, son de una construccion muy particular. Dos árboles se hallan unidos, no lado con lado, sino extremo con extremo; de modo que la juntura se encuentra precisamente en el punto de reunion de estos dos troncos huecos, resultando asi que estas embarcaciones tienen una longitud extraordinaria, al paso que una anchura muy poco considerable.

Al llegar á este paso, encontramos una multitud compacta que aguardaba el momento de hacerse trasladar á la orilla. Todos me miraban silenciosos, y observé con inquietud en el número de curiosos á muchos moros. Se embarcaban en tres sitios diferentes; los barqueros eran activos y diligentes; pero la multitud era tal, que nos fué menester esperar llegara el turno; yo me senté á la orilla.

El aspecto de esta ciudad, las numerosas embarcaciones que cubrian el rio, aquella poblacion activa, aquellas tierras cultivadas que se estienden á lo lejos, me ofrecian un cuadro de opulencia y de civilizacion, el cual no esperaba ver en el centro de Africa.

Esperé mas de dos horas á que me llegara el turno: durante este tiempo el rey Mansoug advirtió que un blanco esperaba ocasion de pasar para llegar á visitarle. Envióme al punto uno de sus primeros esclavos, quien me dijo que no podia el rey recibirme hasta que supiera qué asuntos me traian al país; además añadía que no debía pasar el rio sin permiso del rey. En su virtud, me aconsejó ir á buscar en una aldea lejana que me señaló, un alojamiento para la noche, y me dijo que á la mañana siguiente me traería nuevas instrucciones. Esto era para mí un contratiempo hácia el cual no veía remedio. Me dirigí á la aldea, donde nadie quiso recibirme; el terror y la sorpresa estaban retratados en todos los semblantes. Permanecí, pues, todo el dia sin comer, y sentado tristemente bajo de un árbol; y para colmo de desventura se presentaba muy mal la noche, pues amenazaba diluviar. En este canton abundan tanto los animales feroces, que hubiera tenido necesidad de encaramarme á un árbol, y por consiguiente dormir poco, si la Providencia no hubiera venido en mi auxilio. Una negra que venia del trabajo se detuvo delante de mí, y observando que estaba abatido y fatigado, trató de informarse de mi posicion, la cual la espliqué en breves palabras. Tomó entonces mi silla y mi brida, y después con ademán compasivo me invitó á seguirla. Me condujo á su cabaña, encendió una luz, estendió en el suelo una alfombra y me dijo que allí debía esperar. Salí y regresó con un magnífico pescado que hizo medio cocer y que me ofreció por alimento. Se volvió en seguida hácia sus compañeros, que desde mi llegada no habian cesado de considerarme, y les dije prosiguieran su tarea, que consistia en hilar algodón, en lo cual se ocuparon gran parte de la noche. Para distraer las horas de esta velada se pusieron á cantar, y una de sus canciones la improvisaron para mí, ó á lo menos era yo el objeto. Una de las mugeres comenzaba, y las demas la acompañaban á manera de coro, cantando de este modo, segun sus palabras tra-

ducidas literalmente: *Los vientos braman y la lluvia cae. El pobre hombre blanco, débil y fatigado viene á sentarse bajo nuestro árbol. Carece de madre que le traiga leche y de muger para moler su grano: compadezcamos al hombre blanco que carece de madre, etc., etc.* Estos pormenores parecerán tal vez de poca importancia para el lector; pero en la situacion en que me encontraron me conmovieron mucho. Al dia siguiente regalé á mi generosa patrona dos de los cuatro botones que quedaban en mi vestido, única cosa que podia ofrecerla.

Permanecí todo el dia siguiente en la aldea, durante el cual recibí un mensaje del rey, el que me enteraba de que no me admitia en su presencia; pero me remitía de paso cinco mil kauris, conchitas que hacen oficio de monedas en el país: esto era para que pudiese continuar mi camino y comprar los víveres que me fueran menester.

Las dificultades del terreno y los ladrones que infestaban aquellos sitios, estorbaron que pudiera seguir el curso del rio hácia Oriente, segun mis instrucciones, y tuve que volver hácia el Oeste, despues de recoger los pormenores siguientes:

A dos jornadas cortas de Silla está la ciudad de Jenné, situada sobre una isleta de corta estension; dos mas allá forma el rio un lago considerable llamado *Dibia*, (ó Lago Oscuro). El rio se subdivide despues en dos grandes brazos que se reunen en Kabra, á una jornada de marcha al Sur de Tembuctu. A once jornadas, por bajo de Kabra, pasa el rio por el Sur de Husa á dos jornadas de ella. En cuanto á la direccion del rio, mas allá de este punto se ignora absolutamente; porque las gentes, á quienes asuntos de comercio guian hasta allí, pasan rara vez de Tembuctu y Husa, y como el amor á la ganancia es su único móvil, se cuidan poco del curso del rio y de la geografia de los lugares que recorren. Probablemente el Níger suministrará comunicacion segura y fácil á pueblos muy distantes unos de otros. Todos convienen en que suben por él hasta Tembuctu y Husa negros mercaderes que hablan distinto idioma que los de Bambara; pero estos mismos ignoran donde termina su curso, que segun su creencia se pierde en el confin del mundo.

Uno de los sucesos mas inesperados, dice Mungo-Park, fué el hallazgo de mi pobre caballo, que me ví precisado á abandonar en los bosques, estenuado de hambre y de cansancio. Hablaba con el duty de Modibu y me condolia de los tratamientos de su desleal hermano, cuando oí relinchar un caballo en una choza inmediata; el duty me preguntó si sabia con quien hablaba, explicándome que habian hallado mi caballo, y que bien cuidado y mantenido podia prestarme nuevos servicios.

El 25 de agosto me puse en camino acompañado de dos pastores, que como yo, iban del lado de Sibidulo. El terreno era áspero, y por lo tanto caminaba despacio llevando de la brida á mi caballo. Hácia las once de la noche sentí rumor de gente y un grito como de una persona que se halla á presencia de un gran peligro. Me dirigí al lugar donde se alzaba aquel rumor, y al cabo de algunos momentos divisé á uno de los pastores echado en el suelo, y al acercarme me dijo al oído que una cuadrilla de hombres armados se habian apoderado de su compañero y que á él le habian alcanzado dos flechas al tiempo de huir. Cuando quise aperebirme me ví rodeado de siete hom-

bres que me apuntaban con sus mosquetes; no pudiendo escapar decidí ir á su encuentro, fingiendo tomarlos por cazadores de elefantes. Para entablar conversacion, les pregunté si habia sido feliz su expedicion; y por toda respuesta uno de ellos me mandó apear del caballo; en seguida, despues de algunos momentos de reflexion me ordenaron continuar mi camino, y cuando me congratulaba de que me dieran libertad tan generosamente, observé con gran admiracion que me seguian; al cabo de poco rato me mandaron volver. Me dijeron que el rey de los fulas los habia encargado conducirme á su presencia, y fiel á mis pacientes costumbres no titubee en seguirlos; al cabo de un cuarto de milla exclamó uno de ellos en lengua mandinga, al llegar á un sitio umbrío: Aquí estamos bien, y en el mismo momento me despojó del sombrero; yo les supliqué que me le restituyesen; la copa del sombrero contenia mis apuntes de viage; sin embargo, me despojaron de todo menos de dos camisas; un pantalon y el sombrero. Cuando se alejaron me hallé en una posicion poco grata: estaba en un desierto inmenso en la estacion lluviosa y en un pais poblado de animales feroces y de hombres no menos salvajes. Por último, me hallaba á quinientas leguas del establecimiento mas cercano.

Sin embargo, no era ocasion de lamentarse; yo lo conocí así, y enderecé resignadamente por mi camino; poco despues llegué á una aldea, donde me reuní con dos pastores, que se sorprendieron al verme, porque dudaban que los fulas se contentaran con robarme solamente. Me quejé al mansah ó gefe de la provincia de las circunstancias del asalto que habia sufrido, y me contestó lleno de indignacion: «Tranquilizaos, que todo os será devuelto, lo he jurado.» En seguida, dirigiéndose hácia un criado, le dijo: «Dad de beber al hombre blanco, y al rayar el dia os dirigireis á las montañas y direis al duty de Bammaku que un pobre blanco, el extranjero del rey de Bambara, ha sido robado por las gentes del rey de Fuladu.»

Me dirigí á esperar el efecto de esta orden á una ciudad llamada Vuda, donde permanecí nueve dias atacado de fiebre. El 10 de diciembre llegaron á Sibidulo dos personas que me restituyeron el caballo y mis vestidos; pero la brújula de bolsillo estaba rota y esto era una perdida irreparable para mí. Mi caballo no me fué por mucho tiempo de gran utilidad; la desgracia perseguía á este pobre animal, que mientras pastaba á orillas de un pozo, se hundió la tierra bajo sus pies, cayendo á una gran profundidad. Sin embargo, con auxilio de las gentes del pais conseguimos sacarlo, pero en tan mal estado, que por ello y por su gran estenuacion juzgué que no podia serme por mucho tiempo de gran utilidad. Deseando confiarle á alguno que cuidase de él, se le regalé á mi patron, suplicando remitiese la silla y la brida al mansah de Sibidulo, como único modo con que podia mostrar mi agradecimiento por la justicia que acababa de hacerme.

El dia 8 de setiembre me despedí de mi generoso patron, y en prueba de cariño me dió su lanza y su saco de cuero, que me fué muy útil para guardar mis efectos. Convertidas mis botas en sandalias, caminaba con mucha mas facilidad.

Despues de atravesar algunas ciudades, llegué á Manzia: el mansah de esta ciudad pasaba por poco hospitalario; pero sin embargo, me hizo servir de comer, aunque en cambio me dijo le diera algo de lo que llevaba. Aunque le aseguré que nada tenia que

poder ofrecerle, no me creyó; se apoderó de mi lanza y me condujo á su choza, donde debia pasar la noche.

Al dia siguiente, un habitante que me habia manifestado alguna benevolencia, fué á casa del mansah para recoger mi lanza, aconsejándome despues que abandonase aquel lugar lo mas pronto que me fuese posible.

A mi llegada á Kamalia me llevaron á casa de un buschream llamado Karfa-Taura, que se ocupaba en reunir una cuadrilla de esclavos que se proponia vender á los europeos en Gambia. Pasaba por erudito, y cuando supo que era inglés manifesto mucho contento y hasta me dió á leer un libro de oraciones escrito en inglés. Propúsome, y aun me aconsejó le acompañase encargándose de mi manutencion hasta tanto que llegáramos á Gambia, donde le daria en pago lo que quisiera. Le pregunté si le bastaria el valor de un esclavo, y despues de una respuesta afirmativa mandó prepararme una choza y que me trajeran víveres.

Llegó por fin el dia tan deseado de nuestra partida, que fué el 19 de abril; despojaron á los esclavos de los hierros, y cada uno tomó la carga que le asignaron.

La caravana se componia de 73 personas, y durante una media milla nos vino acompañando casi la totalidad de la poblacion de Kamalia para despedirnos. Despues de permanecer tres dias en Kenytakuro, ciudad considerable, entramos el 23 de abril en el desierto de Jallonka. El camino era penosísimo y temí no poder seguir la caravana; pero me consolé al considerar que casi todos estaban tan abatidos como yo.

Hácia las once nos detuvimos á descansar cerca de un arroyuelo, y una pobre negra que el dia anterior habia quedado aspeada, se negó obstinadamente á caminar. Hubo necesidad de recurrir á los golpes, merced á los cuales se incorporó bruscamente y marchó vigorosamente durante cuatro ó cinco horas seguidas. Por último, maltratada é imposibilitada para dar un paso, fué preciso conducirla en una especie de litera, improvisada sobre la marcha.

Como no habiamos comido desde la vispera mas que un poco de harina, y caminábamos todo el dia con un sol abrasador, se cansaron mucho algunos esclavos; pero habiéndolos descargado algun tanto, cobraron ánimo de nuevo. En cuanto á la pobre negra, sus miembros estaban tan rígidos y doloridos, que no podia ni aun tenerse de pie: se la colocó sobre una acémila, pero esta era tan indócil, que rehusó marchar con aquella nueva carga. Entonces de toda la caravana se alzó un grito general de ¡Kang-tegi! ¡Kang-tegi! (degollarla), y no queriendo ser testigo de aquella escena, apresuré el paso. No habia andado una milla, cuando ví venir un esclavo que traia en su arco el vestido de la pobre Nealea. Su amo la dejó abandonada.

En Manna, ciudad murada que atravesamos el 28 de abril, nos acompañó el gefe con muchas de sus gentes hasta la orilla del rio Negro, brazo principal del Senegal, donde pasamos sobre un puente de bambúes de muy singular construccion. El rio en este sitio es bastante ancho; dos árboles corpulentos enlazados por la copa vienen á juntarse en el centro del rio, y están guarnecidos de bambúes colocados á lo largo y á través, constituyendo en conjunto un puente suspendido, que comunica con las orillas del rio por medio de planos muy inclinados. Los habitantes de Man-